

EL UNIVERSO DRAMÁTICO DE JESÚS CARAZO

SUSANA M^a TERUEL MARTÍNEZ
Universidad de Murcia

Tras muchos años dedicado plenamente al cultivo de la narrativa y cosechando valiosos reconocimientos por parte de la crítica, Jesús Carazo irrumpe con éxito en la escena española de nuestro siglo, aportando una nueva visión del teatro a través de obras como *La increíble velocidad del planeta*, *Flores de papel*, *Paisaje de lluvia con fantasmas*, *La tarde del séptimo día*, entre otras, que podemos conocer gracias a la editorial Fundamentos. Dicha editorial nos ofrece recientemente la posibilidad de leer otras dos piezas dramáticas escritas por Jesús Carazo: *Último verano en el paraíso* y *Dos viejos Lagartos*.¹

Mariano de Paco, Catedrático de Literatura Española de la Universidad de Murcia, señala, en su «Prólogo», los detalles más significativos acerca de la figura de Jesús Carazo y de su dramaturgia. Inicia su estudio relatándonos su incipiente encuentro con el autor en un Curso de Valladolid, organizado por la Cátedra Miguel Delibes, hace unos años, lo que le permitió acceder por primera vez al universo dramático de éste, tan impregnado de realismo y de elementos fantásticos, y de un lenguaje fluido en el que hacen acto de presencia el humor y la ironía, tan propios de Carazo, como muy bien indica el profesor de Paco. Los dos textos comentados en este «Prólogo», *Último verano en el paraíso*, galardonada con el premio Lope de Vega (2004) y *Dos viejos lagartos*, contienen todos los elementos teatrales característicos de las obras del escritor.

La primera de ellas (de la que se hizo una lectura dramatizada en enero de 2005 en la Sala Manuel de Falla de la Sociedad General de Autores y Editores) muestra el drama de una familia que, en los años sesenta, ha de abandonar la ciudad de Tánger, que ha sido absorbida por Marruecos. El título es muy sugerente y acerta-

¹ Jesús Carazo, *Último verano en el paraíso. Dos viejos lagartos*, Madrid, Fundamentos, 2008. Prólogo de Mariano de Paco.

do, ya que representa claramente el argumento de la pieza dramática, que refleja la historia de muchas personas que tuvieron que marcharse de aquel lugar, considerado un paraíso por sus fiestas, costumbres y parajes, lleno de una alegría que se opone a la actual tristeza que asola a las personas que se ven obligadas a dejar sus hogares y sus vidas.

En *Último verano en el paraíso*, observamos, a través de la mirada de los personajes, constituidos por un matrimonio (Luis y Claudia), sus hijos (Jaime, Tomás y Sandra) y el tío Pablo, la triste realidad a la que se ven sometidos casi desde el principio. De este modo, al inicio apreciamos un hogar feliz, donde éstos viven tranquilos y se sienten tangerinos, pero pronto comprobamos que esa tranquilidad y felicidad se ven alteradas con las nuevas que trae Luis: unos amigos han de marcharse porque una inspección les obliga a pagar una cantidad desorbitada de dinero que no tienen. Aquí comienza el verdadero panorama desolador: al igual que estos amigos, muchos otros se están yendo de allí y quizá ellos también deban hacerlo.

La preocupación empieza a estar presente en el interior de los personajes, que no quieren abandonar su paraíso, su casa, sus raíces... Claudia es reacia a ello, no quiere ver la realidad y prefiere pensar que nunca se van a ver en esa situación. Por otro lado, Tomás, el hijo menor del matrimonio, posee una doble faceta: como personaje que participa en la acción, tampoco quiere ver la verdad; pero, como voz del narrador, nos muestra en cada momento sus sensaciones, sus ideas, su melancolía, su nerviosismo...

A pesar de la esperanza que mantienen los personajes a lo largo de la historia, la acción se tiñe de pesimismo y añoranza. La tristeza y el sentimiento de no querer olvidar están presentes a lo largo de la obra, como muy bien demuestran estas palabras de Claudia:

CLAUDIA.- Vayamos donde vayamos, cada mañana, al despertar, me preguntaré qué tiempo hace en esta ciudad: si llueve, si luce el sol, si sopla el viento de levante...[...] Hay pasados de los que una no quisiera alejarse nunca. Yo me siento más cerca de los hombres que llevan chilaba, de las mujerucas que bajan de las cabilas y de los vendedores de baratijas del Zoco Chico que de toda esa gente que nos espera al otro lado del Estrecho *con los brazos abiertos*. (p. 84)

Poco antes, se había producido el acontecimiento que esperaban: unos inspectores van a investigarlos. El negocio familiar es clandestino y han de marcharse inmediatamente. Esto supone una tragedia, ya que los personajes han de huir de Tánger y refugiarse en España. Los espectadores asistimos a esta situación tan desoladora y desesperada, ya que este evento significa el abandono de una vida en el paraíso.

Por otro lado, hay que añadir a este realismo los elementos fantásticos que aparecen en la obra: Tomás imagina los sueños de tío Pablo con Fidel Castro, que le repite incesantemente que han de marcharse, y con el Papa, que habla de la homosexualidad de aquél. Esta dual visión de la realidad recuerda a Buero Vallejo, como señala Mariano de Paco.

El momento trágico de la huida se incrementa con el suicidio de tío Pablo, para el cual Tánger supone un paraíso de libertad, debido a su condición homosexual. Este final es significativo y entrañable, pues los personajes se marchan, y la voz del narrador nos cuenta que aquella situación les marcó sus vidas, todos cambiaron y ya nada volvió a ser igual:

VOZ NARRADOR.- En los años siguientes, mamá y yo viajamos varias veces a Tánger, pero ya no era lo mismo. La población había crecido y apenas quedaban europeos. También nosotros habíamos cambiado, aunque durante esas visitas, mamá y yo solíamos engañarnos diciéndonos que aún podríamos ser felices en aquella ciudad encantada. Pero nunca volvimos a intentarlo. (p. 102)

El tema actual de la emigración está inmerso en el texto, al igual que la experiencia vital del autor, que estuvo viviendo durante unos años en Tánger. Jesús Carazo se deja sentir en sus obras. Por eso, igualmente encontramos aspectos biográficos en *Dos viejos lagartos*, ya que aparece el personaje de Gustavo, que es profesor como el propio autor teatral.

La segunda pieza del libro tiene también un título sugerente, *Dos viejos lagartos*, que hace referencia a la historia de un matrimonio (Gustavo y Amalia) que finge tener hijos. El espectador asiste a esta mezcla de realidad y fantasía, que sólo conoce y comprende al final de la obra. En principio, se presenta el personaje ficticio de Margarita, hija de este matrimonio, que se ha ido a Londres y conoce a Ernesto, un camarero. En cuestión de poco tiempo, Margarita y Ernesto se hacen inseparables, incluso tienen un hijo, al que dejan en casa de sus abuelos.

Amalia no acepta la relación de su hija con este chico y, sobre todo, ahora que han huido porque la mafia los persigue. A Gustavo, en un primer momento, no le desagrada la relación amorosa de su hija con el camarero, pero después se siente angustiado, pensando que ellos también corren grave peligro. Entonces, los lectores, que hemos observado sus reacciones, sus diálogos y hemos contemplado la acción, nos damos cuenta de la verdad. Magistralmente y en clave de humor, el autor juega con nosotros, juega con la realidad y la fantasía, y sólo al final descubrimos que lo que parecía ser cierto es solamente un juego de Gustavo y Amalia: inventan una vida con hijos porque es bueno para la enfermedad de Gustavo.

A lo largo de la obra, comprobamos en los diálogos de Amalia y Gustavo que constituyen una rara pareja que constantemente está riñendo y nos está mostrando sus ideas, sus manías, sus desilusiones, sus puntos de vista. Es una pareja completamente diferente, muy bien trazada por Jesús Carazo. En el último cuadro ambos personajes nos hace vivir momentos de gran tensión y nos ofrecen un final sorprendente, que no esperábamos. Las palabras que dan fin a la historia son conmovedoras:

AMALIA.- (*Ausente. Mirando hacia el público.*) Nosotros solo hemos tenido libros y macetas, Gustavo. Y un hibisco. Bueno, varios hibiscos. Son muy delicados, desde luego. Delicados y caprichosos como un bebé. En verano prefieren el sol y en invierno no soportan el frío. Hay que cambiarles de tiesto cada año y regarlos todos los días. Y, de cuando en cuando, echar un poco de abono para plantas. Aun así, a veces se ponen enfermos y les salen unos bichitos que se llaman pulgones. Y luego se mueren. Pero siempre es posible comprar otro. Y al final acaba uno haciéndose a la idea de que es el mismo hibisco, el mismo principio, el mismo de siempre... (p. 157)

En conclusión, gracias a la editorial Fundamentos y al análisis de Mariano de Paco en su «Prólogo», conocemos mejor a un nuevo autor dramático, que se incorpora al teatro del siglo XXI, y hemos disfrutado de la lectura de dos obras distintas, entretenidas, sorprendentes y sugerentes, que nos permiten adentrarnos en el universo dramático de Jesús Carazo.